

CUERPO PEREGRINO

Claudia Rodríguez Acosta

¿Qué es el infierno?

“El infierno de los vivos no es algo que será: existe ya aquí y es el que habitamos todos los días, el que formamos estando juntos. Dos formas hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y convertirse en parte de él hasta el punto de dejar de verlo ya. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio...” (Calvino, 1972)

Inicio con este fragmento de un cuento de Calvino para hablar de aquél peregrinaje que iniciamos desde el momento en el que nacemos, incluso desde el momento en el que aparecemos como una fantasía en el mundo de los otros, ya sean padres, abuelos, hermanos, etc. El nacimiento biológico, la aparición de un organismo viviente, no significa necesariamente el ingreso a la existencia, y aún cuando así lo fuera habría que hablar de diferentes formas de existencia. Por el momento me referiré a la existencia que tiene que ver con asumirse como sujeto, lo cual implica una batalla constante. La lucha por alcanzar la subjetividad estará llena de dolorosas renunciaciones y pérdidas inevitables, pero también implicará la posibilidad de tener un pase de acceso al deseo y a la vida. Pero ¿de dónde partimos? A pesar de tener una existencia antañona, tal vez en la psique de otros, nuestra constitución como sujetos será algo que vendrá después, de inicio, nacemos con un equipamiento anatómico y fisiológico, un cuerpo - carne que a pesar de ser nuestro no nos es propio.

En el origen, no habrá límites, la palabra “frontera” será desconocida, el nacimiento del “ser humano” lo arrojará abruptamente al desamparo y a la indefensión, lo que habrá será desarmonía y caos, que sólo podrán ser combatidos gracias a los cuidados y límites que ponga la madre (aquí no me refiero necesariamente a la madre biológica) La imagen del recién nacido bello, angelical y tranquilo no tiene nada que ver con la realidad, ya que después del parto, aquél ser será un cuerpo sufriente y carente que sentirá dolor y angustia como recordatorios de su fragilidad, pero que sólo así podrá buscar y reconocer lo placentero.

Poco sabemos de la vida psíquica intrauterina, sin embargo, sabemos que el exilio del vientre materno será inevitable, al menos, si existe un deseo de vida. La aventura es empujada por la

imposibilidad de regresar al lugar de origen, me refiero, a aquel estado en el que no se necesitaba hablar, ni llorar, ni respirar, ni abrir la boca para comer, un estado en donde vida y muerte se juntaban. Así, el inicio de la vida da comienzo a un peregrinaje hacia la muerte, hacia aquél estado del que nadie sabe. Esto puede sonar terrible, si lo pensamos bien, es terrible, sin embargo, a pesar de todo, el viaje vale la pena ya que el recién nacido iniciará también un viaje hacia su constitución como sujeto. Es como si la muerte importara poco, la lucha, en los casos afortunados, será por preservar la vida, por buscar “quién y qué, en medio del infierno, no es infierno...” Hago énfasis en el adjetivo “afortunados”, porque se necesitarán ciertas circunstancias para poder posibilitar el reconocimiento de un cuerpo más allá de lo anatómico, separado de la madre, con vida y deseo propios.

A pesar de todos los escritos que hay sobre el tema, me parece que la constitución como sujetos sigue siendo un enigma, ya que está llena de paradojas. Por un lado, al nacer, el infante no se reconocerá, pero prontamente, empezará a reconocer una existencia, aunque no “suya”, y se vivirá como un todo sin distinguir lo propio y lo ajeno, siendo profundamente dependiente, es una cuestión de vida o muerte, es un hecho que sin la madre o sin alguien más que lo rescate no tiene ninguna posibilidad de vivir. Es curioso que se viva tan grandioso y único siendo en realidad nada sin la mirada del otro. El vivirse como Uno con otro, es un estado en el que la necesidad es cubierta sin mucho esfuerzo, las responsabilidades mínimas y el deseo propio apenas si existe. La paradoja es “aquí eres todo (o pretendes tener y ser todo) por lo tanto no existes”.

Esta fantasía de ser un todo con la madre (y creo, no sólo con la madre, sino un todo simplemente), se ve confrontada con la realidad que frustra y que posibilita la separación y el reconocimiento de la diferencia. Los cuidados de la madre proveerán de una liberación de tensión corporal y psíquica, y sólo así el infante podrá entrar a un estado de quietud, abandonándose por ejemplo al sueño profundo. Una vez más, en esta tarea de la “madre suficientemente buena” se conjugarán el placer y el dolor, los cuidados y la violencia, digo violencia porque para que una madre provea y cubra las necesidades de su hijo, es obvio que debe tocar, cargar, frotar, acariciar, sostener y por lo tanto invadir, violentar el cuerpo del infante. Violentar en el sentido de que rompe

con aquél estado de quietud, la interrupción brusca es necesaria para asegurar primeramente la sobrevivencia física (si la madre no le da de comer el niño se muere) y la constitución subjetiva ya que lo confronta con la separación, con lo diferente, con la realidad. El lenguaje, también permitirá hacer un corte entre “tú y yo”, desde las palabras de otro “que por tanto no son mías”, hasta la aparición del “no”, o el control motor que gracias a la maduración se va adquiriendo. Todos estos movimientos requerirán de dolorosas renunciaciones y frustraciones, pero sólo así aquel cuerpo que nació como un trozo de carne, se convertirá en una imagen, en un cuerpo imaginario y deseante, en un sujeto.

Aquél cuerpo con el que nacemos será un aparato que permita sentir los estímulos tanto internos como externos, será un cuerpo sufriente y placentero, ávido por cubrir sus necesidades para aliviar el dolor, también, será un límite. Al principio el cuerpo es sólo eso, sin un entendimiento de aquello que le sucede, es más, ni siquiera está biológicamente preparado para ser autosuficiente en un nivel mínimo. El cuerpo - carne hablará sin saber que lo hace y sin tener noción de la existencia de un interlocutor, por lo cual, dependerá totalmente del interlocutor acudir al llamado.

Gracias a la respuesta de otro, el cuerpo - carne continuará rápidamente su peregrinaje hacia una nueva y más compleja constitución. No pasará mucho tiempo para que la necesidad se combine con el deseo y para que el cuerpo - carne sea atravesado por la subjetividad. El infante, así, irá formando una imagen de su cuerpo, una imagen de “sí”, dentro de un mundo psíquico más ordenado y regido por el deseo, para esto deberá haber una renuncia, al menos parcial, al goce.

Pronto, lo anatómico se constituirá como un cuerpo, hablante, subjetivo, sin por ello dejar de ser sufriente y placentero, al contrario. La huella de satisfacción implicará también una huella de dolor y ambas quedarán impresas en lo más profundo de la psique. El cuerpo subjetivo continuará su viaje, lidiando con frustraciones y recibiendo alegremente el placer, sin embargo, siempre estará latente (en unos más que en otros) el deseo de regresar a un estado “ideal” de no deseo, de ser uno con la madre y por tanto de no tener necesidad (aunque sabemos que esto se queda sólo en un ideal porque aquel paraíso, que sepamos, jamás existió). Los intentos para llegar a esa “vida

ideal – muerte” serán variados, un ejemplo, son las adicciones en las que hay una renuncia al intercambio con otro que no sea la droga, bueno, con la droga no hay intercambio, sólo hay una relación que da la fantasía de completud, la droga no responde, no habla, no limita, no frena. Tampoco puede ser fantaseada, imaginada, añorada, es simplemente necesitada. Las adicciones, creo que son un buen ejemplo, de cómo aquel cuerpo hace intentos desesperados por renunciar a la vida. A pesar de que las adicciones o cualquier otro tipo de síntoma puedan ser muy dolorosos, ya existe una subjetividad, el sujeto se reconoce de alguna u otra forma, pero también reconoce el placer y el dolor de la existencia y es como si no pudiera con ellos.

Retomando lo que dije hace un momento, la subjetivación del cuerpo tiene como condición la renuncia al goce, por lo tanto la entrada al deseo y al intercambio, sabemos que el intercambio conlleva dolor, decepción, tristeza, angustia, pero también movimiento, encuentros y vida. Para que exista intercambio se tendrá que hablar, pensar, tolerar y esperar. Si estamos en este terreno, el cuerpo no necesitará de expresiones primitivas o las necesitará mínimamente para poder comunicarse. Si no es el caso, se comunicará de forma “bruta”, sin la posibilidad de poner palabras a los contenidos afectivos

Sea como sea, lo que tendrá que estar de rigor, será la existencia de otro que confirme la propia. Lacan dirá que la función del estadio del espejo es establecer una relación con el organismo (carne) y con su realidad (objeto). Al final nos damos cuenta de que el espejo engaña, es una ilusión que en realidad muestra a un otro y muestra tan sólo una superficie.

El cuerpo será superficie, pero una superficie a partir de la cual se puede existir. Suena raro pensarlo como aquello que es esencial para vivir y al mismo tiempo aquello que es una imagen, sin existencia más que a partir de la mirada del otro. Tan vital y etéreo.

El cuerpo carne irá constituyéndose como un cuerpo subjetivo, a pesar de que ya no será sólo carne, ésta quedará ligada por siempre a la imagen de un cuerpo más complejo. Las funciones también se complejizarán, la dinámica nunca ha sido tan simple como “evito el displacer y busco el placer”, o, traducido “me siento triste, me mentalizaré para sentirme feliz”, “he lastimado mi cuerpo,

ya no lo lastimaré". Ojalá todo fuera tan sencillo, la paradoja es que se tiende a buscar el placer pero también existe una huella de displacer y otra más de no deseo.

Dependiendo de los caminos que se tomen, el cuerpo se colocará como un cuerpo peregrino, que ha de mantenerse en movimiento con la ilusión de llegar al pueblo prometido o bien, como un cuerpo errante, condenado a vagar, sin palabras, sin deseo, sin rumbo. Siempre se podrán tomar diferentes caminos.

Aquello que aparece al inicio de la vida, se mantendrá una y otra vez, con esto me refiero a la lucha entre vida y muerte, entre lo mismo y lo diferente, el caos y el orden. Esto se puede ver en el análisis. El encuentro entre analista y analizado es un encuentro lleno de esperanza y deseo, también es doloroso ya que lo construido durante este viaje conllevará el derrumbe de aquello que parecía tan sólido, además, el cambio no siempre va acompañado de placer y el esfuerzo siempre va acompañado de renunciaciones. Todo esto va más allá de un mero razonamiento en el que dos sujetos "coincidan" y "platiquen" para poder dar explicaciones lógicas y encontrar "porqués". El proceso psicoanalítico tiene que ver con una vivencia en la que las pasiones emergen, las frustraciones se hacen evidentes, los felices encuentros iniciales caen para dar paso al desencuentro y al dolor, dolor que es necesario (e inevitable) vivir para poder construir algo diferente. Y sabemos que lo diferente no es sinónimo de felicidad eterna o de bienestar, simplemente es "eso", algo que ya no es lo mismo y que abre nuevos caminos y vías para poder vivir. El camino por recorrer es largo y cansado, no es tarea fácil destejer una historia; cuesta mucho trabajo convencerse de que vale la pena transitar por caminos sinuosos para poder encontrar caminos planos, o lagos, o mares, o nuevos caminos sinuosos, sinuosos pero diferentes. Uno nunca sabe lo que podrá encontrar ni lo que será capaz de construir, esto es lo difícil y al mismo tiempo esperanzador en el sentido de que moviliza el deseo.

Al pensar todo esto, me pregunto, ¿por qué sufrir? ¿por qué alguien podría buscar el dolor propio e incluso disfrutarlo? ¿por qué repetir? Si se supone que nacemos para vivir y ser felices por qué todo se vuelve tan complejo. No hay una respuesta absoluta, pero creo que si sufrimos es porque

no podemos dejar de hacerlo. Partimos del displacer, eso es lo que nos constituye y nos permite voltear a ver algo diferente. La vida consiste en luchar contra la muerte, es una lucha que de entrada sabemos que está perdida, y por esa razón ¿no vale la pena vivirla?

BION, W. (1967) Volviendo a pensar. Buenos Aires: Lumen.

CASAS, M. (2001) Entorno al rol del espejo. Winnicott, Lacan, dos perspectivas.

CALVINO, I. (1972) Las ciudades invisibles. España: Ediciones Siruela

CHEMAMA, R. (2008) El goce. Contextos y paradojas. Buenos Aires: Nueva Visión

FONTANOT, G. (2008) Yo ero. Tú eres. él es...

FREUD, S. (1895) Proyecto de Psicología para Neurólogos. Buenos Aires: Amorrortu.